

1 Cor. 15:20-28

Sermón domingo de Cristo Rey 2011 1 Cor. 15:20-28 Ez.
34:11-16,23-24; Mateo 27:27-31 Himnos 43, 44, 42.

“Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que murieron es hecho, pues por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte, porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero, luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.” (1 Corintios 15:20–28)

Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que murieron es hecho, pues por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte, porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero, luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos. (1 Corintios 15.20–28)

Este domingo es el último de este año de la iglesia. Es un día en que recordamos todo lo que Cristo ha obtenido para nosotros a través de su muerte, resurrección y ascensión a la diestra de Dios. El día también se conoce como el Domingo de Cristo Rey. Y el texto de hoy habla de Cristo como el Rey sobre todas las

cosas. Pero el énfasis está en el beneficio para cada uno de nosotros los que creemos en él porque él es el Rey ahora y será el Rey por toda la eternidad. El texto debe traer gran consuelo a nosotros, porque los enemigos que Cristo venció son nuestros enemigos, y su victoria que obtuvo es para nosotros. Meditemos esta noche, entonces, en Cristo, nuestro Rey sobre todos nuestros enemigos. Con su muerte y resurrección ha ganado la victoria sobre el pecado y Satanás. Demostrará al fin su victoria total sobre la muerte. Reinará con su Padre eternamente sobre nosotros su pueblo redimido.

El texto comienza destacando el hecho de la resurrección de Cristo de entre los muertos. Para que entendamos por qué esto debe alentarnos tanto, tenemos que recordar que su muerte fue por causa de nosotros, que fue nuestro sustituto que pagó lo que merecieron nuestros pecados. El texto nos dice que la muerte entró por un hombre. Nos dice que ese hombre fue Adán. A él se le había advertido que el día que él comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal, de cierto moriría. A pesar de esa advertencia, Adán desobedeció la prohibición de Dios de comer de ese árbol. Comió el fruto prohibido, y con eso no sólo murió él, sino también la muerte pasó por herencia a todos sus descendientes. El pecado que Adán cometió no sólo afectó a él, corrompió nuestra naturaleza. Como dice también Romanos 5:12: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. Porque nacimos en pecado, “éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efe. 2:3). No tuvimos ninguna forma en que podíamos librarnos del dominio del pecado y la muerte.

Pero las buenas noticias son que Cristo, que vino y tomó nuestro pecado sobre sí, y que murió en nuestro lugar pagando el castigo que merecieron nuestros pecados, resucitó triunfante al tercer día, derrotando así al diablo, al pecado, y demostrando que la muerte misma no podía dominarlo ni retenerlo. Así que Pablo puede escribir: “Por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”.

En el versículo siguiente, nos informa quiénes son los que serán vivificados, y cuándo ocurrirá. Dice: “Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”. Así que, Cristo es las primicias. Es como el

primer grano de la cosecha, que lleva la promesa de mucho más después. Como él ya resucitó, triunfante sobre la muerte, la promesa es que todos los que pertenecen a él, todos los que son suyos por medio de la fe, resucitarán cuando llegue el momento apropiado. Ese momento se dice que es “en su venida”. Se refiere al día final, el día del juicio, cuando todos los muertos saldrán de las tumbas, pero la referencia aquí es a los que escucharán la bendita invitación: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25.34).

Esto culminará el reinado de Cristo, el Rey de reyes. “Luego el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”. Lo que esto dice es que Cristo está reinando ahora, pero que no siempre es evidente su reino y autoridad sobre todo. El reinado de Cristo ahora lo llamamos su reino de gracia. Como fruto de su muerte y resurrección, mediante la proclamación del evangelio y la administración de los sacramentos, Cristo llega a entrar en y reinar en corazones humanos de los que ponen su fe en él. Reina, pero ese reino muchas veces es oculto. Lo sabemos, pero sólo por fe en sus misericordiosas promesas. Todo el libro de Apocalipsis se tuvo que escribir para gente que sufría por su fe, para que confiaran en el reinado de Cristo cuando parecía que los enemigos de Cristo y de ellos dominaban.

Sin embargo, este tiempo de gracia se llama un tiempo en que progresivamente Cristo está poniendo a todos sus enemigos debajo de sus pies. Obtiene más y más personas que voluntariamente se someten a él con fe, de modo que él gobierna sus vidas. Pero llegará el fin, “cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder”. Ya su victoria no estará oculta, sino podrá presentar a su Padre toda la obra completada de salvación que le fue encomendada. Aparecerá con toda la muchedumbre de los que han creído en él y han sido salvos, ya resucitados de la muerte, para ya no tener que temer ningún enemigo en el universo entero.

“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte, porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies”. Ya no sólo él demostrará la victoria sobre la muerte. La muerte tendrá que soltar también a todos los seguidores de Jesús que han fallecido.

Ellos todos, cuerpo y alma, estarán en la presencia de Dios mismo, triunfantes sobre su inexorable enemigo por medio de Cristo, las primicias.

¿Pero qué significa cuando dice que “Luego el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre” y “Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”? ¿Cómo debemos entender estas frases? ¿Y, además, lo que dice: “luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos”? Hay los que dicen que eso indica que el Hijo es menor que el Padre, y que él estará sujetado al Padre. Pero no dice que el Padre será todo en todos, sino que Dios será todo en todos. Y Dios es el Dios trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hasta ese momento, el Padre hacía ciertas cosas para nuestra salvación, el Hijo otras, y el Espíritu Santo otras. Pero la obra de salvación ya estará completada. Dios, incluyendo el Hijo, Dios encarnado, revelará plenamente su victoria. Lenski en su comentario lo describe así: “Desde ese momento en adelante, Dios, el Dios trino en las tres personas conjuntamente, estará supremo entre una humanidad glorificada en el nuevo cielo y la nueva tierra. ‘Y oí una gran voz del cielo, que decía: «El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios’ (Apocalipsis 21.3)”.¹ En cuanto a la frase: “Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”, debemos también recordar el mensaje del ángel Gabriel a la virgen María: “Reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su Reino no tendrá fin” (Lucas 1.33). Entonces no está hablando del fin del reino de Cristo, sino de otra etapa de ese mismo reinado, el reino de gracia se transforma en el reino de gloria, un reino en que nosotros seremos glorificados como él, porque veremos a él como él es. Es significativo también que el libro de Apocalipsis nos habla del trono de Dios y del Cordero, porque comparten el Padre y el Hijo el mismo reino y la misma gloria.

¹ Lenski, R. C. H. (1963). *The interpretation of St. Paul's First and Second epistle to the Corinthians* (686–687). Minneapolis, MN.: Augsburg Publishing House.

Y toda esta gloria es para nosotros y nuestro goce. Todo lo que aquí nos agobia y nos entristece se habrá ya eliminado. Nosotros mismos estaremos en la gloria celestial, bañados con la iluminación de Dios y del Cordero, aclamando eternamente a nuestro Dios y Rey y dándole las gracias por el triunfo que ha ganado para nosotros. “Y oí una gran voz del cielo, que decía: «El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron»” (Apocalipsis 21.3–4). Eso es lo que nos espera. Esa gloria y felicidad es lo que será nuestra por toda la eternidad. ¿Qué puede ser más apropiado, entonces, que comenzar ya ahora a cantar las alabanzas de Cristo nuestro Rey mientras esperamos la gloriosa revelación del esplendor completo del reino de Cristo?

A Cristo proclamad, Triunfante Salvador;
Venció la muerte con poder; Cantad al Redentor.
Jesús resucitó, Su triunfo pregonad
Y la grandeza de su amor Al mundo proclamad. Amén.